



PIERRE MICHON

**LLEGA EL REY CUANDO QUIERE**  
*Conversaciones sobre literatura*

Lanzamiento: 3 DE SEPTIEMBRE DE 2018

El primer texto de Pierre Michon publicado en castellano desde *El origen del mundo* (2012)

Recoge trece entrevistas publicadas en medios especializados franceses durante los últimos treinta años.

Michon, uno de los más grandes autores de las letras francesas y europeas de hoy, reflexiona acerca de su escritura, sus obras más notables y su concepto de literatura.

Una lección magistral sobre el hecho de escribir y sobre las fuentes de la creación.

Un libro para leer con el lápiz en la mano.

*Traducción:* María Teresa Gallego Urrutia

*Formato:* 14 x 19,5 cm

Tapa blanda con solapas

160 páginas

*PVP:* 21 euros

*ISBN:* 978-84-945879-8-6

## ALGUNOS EXTRACTOS DEL LIBRO:

—¿Por qué la palabra «vida» en los títulos de muchas de sus obras?

—Las *vidas* tienen una larga tradición; se han contado vidas durante siglos. Se trataba de relatos bastante breves y no eran veristas ni se referían a lo natural («real como la vida misma»), como nuestras biografías, sino que concedían grandes prerrogativas a lo legendario, a las distorsiones de la memoria, a las intervenciones del más allá. Las vidas que alguien se tomaba el trabajo de escribir tenían que ser por fuerza sobrenaturales: solo tenían valor por ese punto de tangencia con la divinidad que las trasladaba fuera de lo común. (...)

—¿Por qué prefiere el relato corto a la novela?

—Siempre me sorprende lo que da de sí ese globo en que consiste la novela, ese cajón de sastre atestado de digresiones, de diálogos y de apariencias reales en que se pierde el enunciado: se ahoga al ponerle demasiada agua al caldo. Ciertamente es que los turiferarios de ese género alaban tan infinita ductilidad; pero yo no puedo evitar ver en ella mala fe y una impotencia disfrazada de triunfo. Lo que yo busco es quizá el boceto de la novela, su mínimo vital, *lo que le basta*: algo así como lo que fue el soneto en todo el ámbito de la poesía, esa mínima cárcel de catorce versos esenciales frente a unidades poéticas más flexibles, desde luego, más largas, más libres, pero con la carga de lo que no es esencial. (...)

(...) Sí, la brevedad es una especie de tiranía. Pero lo es igualmente para el autor, que tiene que estar también hechizado si quiere hechizar: el relato breve, que puedes pasar meses preparando, hay que escribirlo de

un tirón, embriagado y febril, y quizá en estado de gracia, sin marcha atrás ni arrepentimiento, en la cuerda floja.

—¿En qué aspecto es un fracaso escribir libros?

—Seguramente en que la voluntad de reconciliación con el mundo que rige la escritura no equivale nunca al extremado retiro de quien se ha colocado en la situación de escribir. Esa misma práctica (escribir, pintar) que apunta a la reconciliación con el mundo es una práctica de retiro, de ruptura. La escritura es una práctica solitaria; y, fuere cual fuere su deseo de comunidad, siempre se queda a gran distancia de él. Mallarmé escribe: «Quien escribe... se retira». Pero nada obliga a llegar tan lejos como él, que quería estar muerto, excluido de todo. Llegó incluso a escribir en una carta a un amigo: «A Dios gracias, estoy completamente muerto».

—¿Qué es la literatura? ¿Una forma de fe? ¿Qué se necesita para creer en ella?

—La literatura es una forma venida a menos de la oración, la oración de un mundo sin Dios. (...)

(...) Dios no es sino esa asunción de alguien ajeno en una instancia transcendente. Esa asunción la necesita el escritor para que su texto se eleve por encima de quien lo escribe. Para que haya en él lo mejor de sí, su texto debe estar dedicado al más alto, a alguien más elevado que sea Otro.

(...) Los escritores contemporáneos carecen con frecuencia de fervor.

(...) Pero el milagro (o la suerte) es también para mí lograr hacer unos cuantos libritos, porque escribir no me sale de forma natural y supongo que a nadie le sale de forma natural. Tengo que convencerme a mí mismo con pasión de la idea de que a lo mejor, mientras escribo, sucede el milagro, que a la vuelta de una frase y gracias a lo escrito, voy a entender, deslumbrado, algo, algo del mundo y de mi relación con el mundo. Bataille tiene al respecto un pensamiento espléndido. Dice más o menos: «Por supuesto que cualquier forma de arte puede existir independientemente del *deseo de prodigio*. Pero cualquier obra de la que esté ausente ese deseo no es una gran obra.

(...) Cuando tengo ahí la primera frase, basta con tirar del hilo, todo sigue, todo funciona. Puedo decir que funciona cuando el tema me emborracha, cuando me enamoro de él.

—*A veces se lamenta, de forma noble y legítima, de no ser un escritor popular; ¿qué es lo que lo mueve, pese a esa aspiración y pese a la duda que lo corroe, a no traicionar ni a dar de lado su lengua y su escritura, lo que, en resumidas cuentas, le permite seguir creyendo?*

—Soy una persona doble, como todo el mundo seguramente. Cuando no estoy escribiendo (que es la mayor parte del tiempo) dudo de cualquier literatura, y de la mía en particular. De esa hoguera que creí encendida mientras escribía, solo quedan cenizas, un objeto venido a menos que hay que situar dentro de la relatividad social. «¿Ha sucedido de verdad? —me pregunto—. ¿He estado siquiera un segundo en el ámbito de la verdad o me he estado contando cuentos? ¿Me he sumergido en el ser o he jugado a ser escritor?» Y en momentos así, claro, la aprobación

de los demás y la vanidad son lo único que da fe de la verosimilitud de nuestros libros, de su valor, de su mismísima existencia; en esos momentos de descreimiento, uno quiere que lo lean, que lo elogien, ser popular. Quiere los laureles, y los laureles los otorga la cantidad. Si persigues ese factor arbitrario de la cantidad, ya no crees en nada, eres tan cínico como la fluctuación generalizada del dólar. Pero sucede que vuelves a escribir, y el globo del cinismo estalla y se hace pedazos; sucede que otra vez, al cabo de la espera y de la exasperación, un texto se adueña de mí; entonces mi embriaguez garantiza mi verdad, mi certidumbre es mi propio acto, vuelve el coraje con la evidencia, y creo con todas mis fuerzas: el lector a quien persigo es el contrario absoluto de la cantidad, es decir, eso a lo que tiempo atrás se le daba el nombre de Dios, de Uno. Es lo que decía Matisse: «Creo en Dios cuando pinto». Yo creo en mí, en Dios o en la literatura cuando escribo, y solamente cuando escribo, en ese sobrecalentamiento del que me cuesta mucho hablar sin énfasis. O si no, para mirar todo esto con ojos algo más críticos, puedo contestarle que lo que me sostiene, lo que me hace creer, es esa ilusión romántica a prueba de bomba de la que decía Nizan, de forma tan perfecta, para recusarla, que se esfuerza en «poner el objeto literario a la temperatura de un dios».

—*¿Escribe retratos o autorretratos?*

—Soy una tercera voz que aparece acá y allá en mis textos, que no cabe duda de que soy yo, *el escritor*, el chupatintas que la sombra se traga, al fondo de todo del cuadro. Me gustaría que además estuviera el rey, es decir, la literatura, o el sentido, o lo verdadero, o quizá sencillamente el lector. Pero llega el rey cuando quiere.